

## IDENTIDAD Y UNIDAD DE NUESTRA AMERICA

*Cesia Ziona Hirsbein*

### I

El tema de la identidad latinoamericana como preocupación teórica responde a una necesidad de nuestros pueblos de reconocerse y encontrarse a sí mismos, ya que casi 500 años de vida colonial y neocolonial ha enajenado nuestra propia historia. Hemos sido siempre inventados desde afuera; es la hora de invocar nuestros propios dioses y nuestros propios antepasados. La conciencia de nuestra identidad no es más que la conciencia de una historia común y unos rasgos específicamente latinoamericanos. Y aún cuando algunos digan que la preocupación por la identidad y unidad es una preocupación esquizofrénica del latinoamericano, es extremadamente significativo que hace algunas semanas (julio, 1991) se reunieron aquí en Caracas con motivo de los 500 años de la llegada de los españoles, filósofos, escritores, indigenistas y políticos de toda la América Latina con el objeto de redactar un documento para la reflexión, un manifiesto para el mundo, donde se examinaron los conceptos de integración, fronteras, cultura e identidad latinoamericana. Reunión convocada por el gobierno venezolano, coordinada por Arturo Uslar Pietri y donde estuvieron presentes, entre otros, Leopoldo Zea, Gabriel García Márquez, Enrique Dussel, Benjamín Ortiz, Mario Monteforte Toledo, Julio María Sanguinetti.

El espíritu de inconformidad ante situaciones de sometimiento, nos obliga a estudiar a profundidad nuestros orígenes y nuestra identidad actual, que es una forma de la libertad: indagar en la concientización de lo que somos, intentar conocernos, definirnos, delimitarnos frente y en contra de los demás.

“El hombre que no tiene conciencia de su historia está condenado a sufrir de nuevo las amargas experiencias del pasado”, afirma

categórico Heinz Dieterich<sup>1</sup>. Ha sonado la hora de nuestra independencia espiritual, de ahí la urgencia de analizar nuestra identidad —si es que tenemos alguna—, desde nuestra propia perspectiva, no desde afuera: la identidad definida como la problemática de lo específicamente latinoamericano. Quizás sea la cercanía de la conmemoración de 1492 la que trenza de evocación y urgencia este tema, o quizás la necesidad de crear una fuerza para luchar unidos contra los enemigos palpantes que tocan a nuestras puertas amenazando miseria: deuda pública, política impositiva, etc. Meditación y conciencia histórica para la acción? Hace algunos años Alejo Carpentier dijo estas palabras en nuestra solemne Aula Magna:

“El latinoamericano vio surgir una nueva realidad en esta época... Y ahí es donde se plantea el verdadero problema... *¿quién soy yo, qué papel seré capaz de desempeñar, y, más que nada... qué papel me toca desempeñar?*... Eterna revivencia del “conócete a ti mismo”... El discurso fue pronunciado por el novelista cubano el 15 de mayo de 1975, en el acto que en su honor fue organizado por la misma Universidad, el Ateneo de Caracas, la Asociación de Escritores Venezolanos y la Asociación Venezolana de Periodistas y se tituló “*Conciencia e identidad de América*”. Título bastante significativo, tomando en cuenta todo lo dicho sobre nuestro pasado, que es la historia —entre otros, hallazgos y a veces ocultamientos— de una búsqueda o más bien una redefinición de la identidad, autoconciencia, a través del conocerse a sí mismo. De ahí que el socrático y eterno “conócete a ti mismo” nos lleva de nuevo, desde una perspectiva actual y palpante, a re-entramos con “nuestros árboles genealógicos de palmera, de apamate o de ceiba”, como diría el mismo Carpentier.

Muchos pensadores lo han intentado a través de una exploración de las propias raíces nuestras, porque quizás ahí, en los orígenes esté la clave del presente y de un destino mejor de esa entidad, a la vez abstracta y concreta, que el crítico chileno Ricardo Latcham llamó alguna vez “nuestro gran continente mestizo”, que por cierto es uno de los puntos esenciales de nuestra identidad, de nuestros rasgos comunes que nos caracterizan y nos unen (un mestizaje que vale la pena aclararlo, no es sólo de etnias, sino también de influencias, aspiraciones e ideologías).

1 Heinz DIETERICH. “Emancipación e Identidad de América Latina: 1492-1992”, en: *Nuestra América y el V Centenario*, p. 61.

2 “Al V Centenario de la conquista de América hay que entenderlo como una oportunidad para integrarse a la gran tarea de crear el Nuevo Mundo americano poblado de hombres hermanos”, dice Heinz DIETERICH, *Op. cit.*, p. 71.

Ese conocerse a sí mismo tomó varias vertientes en la historia de la formación del pensamiento latinoamericano: la indigenista, la hispanista, la telúrica, etc., y empezó su discurrir con la creación misma de las nacionalidades. En este sentido, el tema de América Latina empieza la indagación por su “ser” desde fines del siglo XIX y principios del XX, y toma varias formas para la expresión de su problemática, temática y también de las posibles soluciones, fatigoso camino por la autoconciencia que enfrenta las contradicciones ideológicas entre vencedores y vencidos, entre la leyenda dorada vs. la leyenda negra, hispanismo vs. antihispanismo, indigenismo vs. europeísmo, americanismo vs. europeísmo.

Además, creemos que esa insistencia en conocernos, es muy importante para el desarrollo de la historia del pensamiento latinoamericano, porque además de tratar de resolver los problemas más inmediatos de unas tierras aún en formación, nos va perfilando, aclarando, o quizás concientizando sobre unas características que de por sí ya son originales y nos pueda quitar ese terrible “complejo de inferioridad”, reflejada en nuestra historia común (conquista, mestizaje, penetración foránea), en las raíces, en la expresión de nuestra lengua y literatura, y en la exaltación de nuestra exuberancia territorial. De ahí la paradójica conceptualización de la identidad: la misma inquietud ya nos da un sello de autenticidad, a la vez que nos pone la luz roja de alerta contra las invasiones, no sólo políticas, militares sino las culturales y espirituales que son las más peligrosas y que hoy más que nunca amenazan a nuestros pueblos. Es el momento pues de la conciencia y madurez histórica, de encontrar los aspectos verdaderos y auténticos (autóctonos) que configuran la unidad dentro de la variedad de países y grupos étnicos.

“Nuestra identidad es irrenunciable y nuestra unidad cultural es un hecho”, dice el crítico Lombardi. En esta afirmación está implícita la relación entre identidad y unidad, pues cuando hablamos de identidad, ¿a cuál identidad nos referimos, a la identidad de Venezuela, de Colombia, de Argentina?, ¿o más bien se invoca la identidad de toda Latinoamérica, como una unidad? Obliga de este modo, plantearse el problema de la *unidad de América Latina* y luego discurrir sobre el problema de la definición real nuestros pueblos como historia acontecida.

En 1895 Manuel Ugarte funda *La Revista Literaria*, que toma como bandera la unidad de los pueblos latinoamericanos y se hace eco de una frase de Martí: “Grabemos como lema de nuestra divisa literaria esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: Por la unidad intelectual y moral hispanoamericana” Esa experiencia latinoamericana lo acerca al resto de los pensadores nuestros: Ricardo Palma, José Santos Chocano, José Enrique Rodó y Rufino Blanco-Fombona.

Inquietud que sigue hoy más vigente que nunca, pues en los momentos actuales estamos muy lejos de formar un bloque sólido de pensamiento, que de alguna forma se resiente en la política. Según Roa Bastos la unidad latinoamericana existe sólo en potencia, de ahí que nos preguntemos si podemos hablar de nuestra América como un todo. La materia reclama reflexiones, si no precisiones, para prolongar la larga lista de aportes sobre el tema de la identidad y unidad latinoamericana.

¿A quién nos referimos cuándo se habla de "América Latina"? ¿no será multívoca esa denominación?, ¿a qué tipo de identidad o de unidad referencial nos remitimos, si es que hay alguna?, ¿no se entrecruzan sistemas posibles de referencia, que en su entrecruzamiento delimitan un núcleo que permita una unidad referencial global, y no sólo criterios parciales? ¿Cómo hay que entender ese "nuestra"? Pues en sentido estricto no hay unidad histórica, ni política, ni geográfica, entonces, ¿podría haber igual un común denominador? América Latina no ofrece en sentido estricto uniformidad ni étnica ni históricamente, aún cuando se señalan, como dijéramos antes, procesos paralelos en algunos casos, a saber: la conquista, la etapa colonial, la independencia, el caudillismo, la inestabilidad política, la influencia francesa, el romanticismo, el modernismo, el positivismo, la reacción antipositivista, la dependencia económica, el crecimiento regulado por la demanda extranjera, la dependencia tecnológica. No hay duda que estos aspectos representan un conjunto bastante impresionante de analogías, y de este modo una macro-área antropogeográfica como la que se designa con el nombre de América Latina, además puede comprender, y de hecho comprende, a muy distintos niveles y sistemas de conexiones, que en su diversidad creemos que no afectan la identidad especificadora de América Latina. Es importante señalar que antropólogos e historiadores del área afirman que estos países no tienen un origen común, y se basan en el hecho de que no es igual el origen de pueblos con grandes masas indígenas al de los que poseen una población blanca caucásica, o los que son pueblos de origen africano negroide o los que son mayoritariamente mestizos, de ahí que étnicamente no puede hablarse de origen común, aunque se detecten rasgos comunes, como por ejemplo la localización en el continente llamado América y la presencia de conquistadores. Tampoco forman en su totalidad un área cultural común, aunque se encuentren algunos caracteres bastante comunes. Otros estudiosos señalan que no hay comparación posible entre el curso histórico de Chile y de Guatemala, de Cuba y de Colombia, de Brasil y de México, de Venezuela y de Santo Domingo, sin perjuicio de que en muchos lados se puedan señalar semejanzas en la evolución cultural. Sus sistemas productivos y su capacitación para la modernidad son profundamente diferentes, aunque se señalen los lazos de la dependencia económica y tecnológica, peculiar de todos ellos. Lo fun-

damental es que hay siempre analogías, que en su conjunto importan tal vez más de lo aparente, pues la identidad se relaciona con la especificidad, o sea con el modo propio de ser en cuanto unidad, de ahí que nuevamente señalamos que el tema de la identidad no es separable del de la unicidad y especificidad de América Latina.

Luis Alberto Sánchez habla de "la unidad psicológica" en cuanto a la evolución espiritual de Hispanoamérica, al afirmar que a pesar de las divergencias aparentes y de las efectivas, América hispánica, posee una insospechada unidad psicológica. Con esa unidad ya se pueden desafiar todas o casi todas las divergencias. Haberlo presentado y proclamado —y haber obrado en consecuencia— fue uno de los méritos de Bolívar. ¿Cómo explica Luis Alberto Sánchez la evolución del Continente? Por medio de la cultura en bloque, y la cultura por medio de la sensibilidad.

En este mismo orden de relaciones, debemos proyectar nuestro análisis y analogías desde la perspectiva geo-política-cultural. "Es claro que tampoco somos una unidad monolítica", dice el escritor y crítico cubano Roberto Fernández Retamar, y sigue más adelante, "Esta diversidad latinoamericana y caribeña, ¿querrá decir que no hay América Latina, que no haya algo que merezca este nombre? ...La verdad es que con las reservas expuestas tanto para un caso como para otro, a pesar de la heterogeneidad europea, existe, sin embargo una compleja unidad histórico-cultural llamada Europa, y a pesar de la heterogeneidad de nuestra América, también ésta existe como una compleja unidad histórico-cultural"<sup>3</sup>.

Pasando de lo cultural a lo político, aquí hay mayores complejidades y problemas, pues vemos cómo a pesar de que América Latina en los grandes momentos de su historia siempre ha tratado de unirse, esos intentos han sido un fracaso. Bolívar, en el desarrollo fascinante de su sueño romántico, mantuvo el ideal de unir y mantener unida la América Hispana, y esto es quizás lo que hace más grande y más universal a nuestro Libertador. Esa contradicción rige todo el proceso de formación de las naciones hispanoamericanas tan particular: por un lado luchas, guerras fratricidas, por el otro convenios, congresos y tratados de unión. Y en esa ciega lucha de fines del siglo XIX y principios del XX, lo que verdaderamente faltó fue una visión más universal, menos egoísta que se percatara de que el enemigo no estaba ahí, en las fronteras del vecino, o en el mar que compartían dos naciones; sino más hacia arriba, hacia el Norte. De ahí que la figura histórica de Bolívar se crece, porque aún en su derrota, proyecta la victoria posible de una nueva cultura humana:

3 Roberto FERNANDEZ RETAMAR. "América, descubrimientos, diálogos", en: *Nuestra América y el V Centenario*, pp. 92-93 (El subrayado es nuestro).

la hispanoamericana como una totalidad. Con su visión planetaria descubrió que el talón de Aquiles de nuestra América, es "el principio de las patrias diminutas", como lo señalara Blanco-Fombona<sup>4</sup> y son las que se imponen a la muerte del Libertador. Surgen entonces las guerras de fronteras, nacen confusas corrientes de opinión que serán luego partidos doctrinarios, y en nombre de las ideas liberales aquí, y de las ideas conservadoras allá, se pierde de vista el sueño de la unidad latinoamericana.

Sin embargo, no todo fue aridez en el pensamiento latinoamericano, pues contrariamente al enfrentamiento parcelario, algunos pensadores de principios de siglo: Rodó, Vargas Vila, César Zumeta, Manuel Ugarte, Blanco-Fombona, fueron partidarios de explotar esa historia que unía las naciones hispanoamericanas y abocaron por la unidad, porque así se alumbraba el camino de su desarrollo, no sólo económico sino también y sobre todo cultural, ideológico y espiritual. El águila rapaz del Norte con su enorme poderío significaba la amenaza para unos países que no formaban un escudo común; ya Darío lo diría con versos demolidores: "...Eres los Estados Unidos/ eres el futuro invasor/ de la América ingenua que tiene sangre indígena./ que aún reza a Jesucristo y aún habla en español...".

Todo eso robusteció la convicción de que las excolonias españolas compartían un rasgo que marcaba sus fisonomías, tenían un enemigo común: los Estados Unidos y las potencias europeas. La unificación resultaba entonces indispensable ya que sólo así podía detenerse el avance del vecino del Norte y presentar un solo bloque de países que pudieran contrapesar su fuerza. "Unirse para no desaparecer", dice Elena Poniatowska<sup>5</sup>.

Ya el análisis de América Latina lo había hecho el propio Manuel Ugarte, después de su viaje por Estados Unidos, por México y Cuba: al norte del río Bravo, cohesión, unificación, desarrollo económico, soberanía e incluso expansión; al sur, balcanización, localismo, atraso y subordinación colonial o semicolonial; al norte, desarrollo de las fuerzas productivas "hacia dentro", prolongada hacia el interior; al sur, crecimiento de los pueblos interiores en una olla de desesperación y miseria. La historia, enseñaba, pues, que la unión de la nación se ligaba íntimamente con la soberanía nacional y con el progreso económico social. Martí sueña con

4 Rufino BLANCO-FOMBONA. "La evolución política y social de Hispanoamérica", en *Ensayos históricos*, p. 180.

5 Elena PONIATOWSKA. "Memoria e identidad: algunas notas históricoculturales", en: *Nuestra América y el V Centenario*, p. 164.

una integración futura de nuestra América, que se asiente en sus verdaderas raíces y alcance, por sí misma, orgánicamente, las cimas de la auténtica modernidad.

Viejo sueño el de la patria unida. El primer intento de fusionar la América hispana ocurre cuando, en la penúltima década del siglo XVIII el conde Aranda, aquel político y diplomático español, que tan ligado estuvo al enciclopedismo y a los círculos masónicos de su tiempo, previendo el estallido de rebeliones emancipadoras en las colonias iberoamericanas, propuso la creación con esos dominios de sólo dos o tres reinos o Estados autónomos. Su plan fue rechazado. Mientras tanto siguió arraigándose el ya establecido parcelamiento, previsto o imprevisto por España, de los diversos núcleos nacionales en el mundo americano.

También Francisco de Miranda con miras a la liberación absoluta de la Corona hispánica, expuso un proyecto de constitución para las colonias hispanoamericanas en su idea de formar con ellas un solo imperio; habla de "compatriotas" a todos los hispanoamericanos y funda la Logia masónica "Gran Reunión Americana" a la que llegaron a pertenecer Bolívar, Andrés Bello, José de San Martín. En su Carta profética de Jamaica, 1815, Bolívar expresa su deseo de formar en América (española) "la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria". En 1818 San Martín traspone con su ejército libertador la cordillera andina, libera a Chile y proclama su unidad con la Argentina y con el Perú, país este último al que se preparaba marchar para redimirlo del yugo colonial español.

Nueva Granada y Venezuela, independientes políticamente tras las batallas de Boyacá y Carabobo se fusionan en la Gran Colombia. Bolívar aspira a formar una patria común con toda Hispanoamérica, pero los gobiernos invitados a una alianza superior: México, Perú, Chile, Argentina no se manifestaron muy dispuestos a esa verdadera alianza. Más adelante, sabemos del fracaso del intento de unión a través del Congreso Anfictiónico de Panamá, reunión que tiene lugar del 22 de junio al 15 de julio de 1826. Sólo concurren México, Perú, Colombia y Centroamérica. Muchos factores adversos se conjugaron para entorpecer el éxito de esa reunión; entre los principales cabe citar, por una parte, la postura regionalista de los gobiernos de varias naciones que no mandaron plenipotenciarios a Panamá, incapaces de comprender la sinceridad y grandeza de las proyecciones integracionistas de Bolívar, y por otra la labor obstructionista contra la Asamblea del istmo, llevada a cabo solapadamente por los diplomáticos estadounidenses y por algunos gobiernos latinoamericanos. El localismo o aislacionismo con que los gobernantes de la mayor parte de las recién fundadas naciones contemplaban el panorama político de América, después de finalizadas las guerras de

independencia, era también una traba para la unión política de las mismas, preconizada por Bolívar.

Hubo sin embargo momentos de la historia hispanoamericana en los cuales las fronteras nacionales fueron rebasadas y ciertas personalidades rompieron los límites entre países, cuando algunos hispanoamericanos lograron destacarse y hasta ocupar altos puestos políticos, oigamos a Blanco-Fombona: "Todo americano goza en cualquiera de las repúblicas hermanas cierto vago derecho de ciudadanía. Es hasta elegible por elección popular, y gubernamentalmente nominable. Ejemplo: Diógenes Arrieta, tribuno y poeta colombiano fue diputado en Venezuela; Antonio José de Irisari, guatemalteco fue representante diplomático de Chile en Europa, el mismo Chile llamó ayer a D. Andrés Bello y le confió su hacienda, su Educación, sus Relaciones Exteriores... yo venezolano, cónsul de la República Dominicana en Boston, del Perú en Filadelfia y del Paraguay en Tolouse. A cualquiera de los escritores americanos los tenemos los demás escritores americanos por un compatriota... De hecho, la ciudadanía común existe, hasta cierto punto, entre los hispanoamericanos..."<sup>6</sup>.

Para Miguel Bonasso, la aparición del Grupo de Contadora es manifestación de una nueva diplomacia latinoamericanista que está aún en ciernes, los Ocho, si sobreviven, deberían ser la conformación de un embrión de Comunidad Latinoamericana de Naciones, porque según él mismo, hay dos opciones polares, o la consolidación de la dependencia por un período muy largo o el inicio de una segunda emancipación.

Son unos profundos lazos a veces ideales otras históricos, siempre comunes, de valores, creencias, lenguas, situación geopolítica, sentimientos y objetivaciones culturales, que nos permiten hablar de Latinoamérica como un todo, no como un bloque sólido, por supuesto, pero sí como de una entidad cultural formada por elementos diversos. Existe también la historicidad social, que constituye el fundamento de toda identidad colectiva humana. Martí afirma que un latinoamericano en Cuba no puede ser extranjero, al igual que un cubano no puede ser extranjero en nuestra América. Esa es la realidad.

Mariano Picón Salas también cree en la unidad hispanoamericana<sup>7</sup> que parte de una historia común y nos recuerda este verso del Himno Nacional:

*La América toda existe en nación*

6 Rufino BLANCO-FOMBONA, *Motivos y letras de España*, pp. 36-38.

7 Mariano PICON SALAS. "Unidad y nacionalismo en la historia hispanoamericana", en: *Viejos y nuevos mundos*, pp. 258-275.

Y ahora que ya estamos abordando el problema de la lucha por alcanzar la identidad de América Latina *como un todo*, nos preguntamos ¿qué es lo que conocemos con el nombre de *identidad*?, ya que existen varios tipos de identificaciones, la psicológica, la individual, la colectiva, la nacional, etc. Según Claude Levy Strauss: "La identidad es una especie de recurso necesario para explicar un montón de cosas pero que en sí mismo carece de existencia real".

En cuanto a la proyección histórico-social del vocablo, el término identidad se confunde o superpone con lo real-histórico, es decir, con el proceso histórico total de una colectividad determinada. Nuestra identidad no es otra cosa que el resultado de nuestra historia en todos sus aspectos: social, económico, cultural, ... etc. Cada acontecimiento, cada circunstancia, cada elemento, cada objetivo de una colectividad histórica, define y explica su identidad, de allí que más que definir conceptos, lo que procede metodológicamente es analizar situaciones y cosas.

De ahí surge la extensión de lo colectivo como producto de lo individual. Existe la dialéctica de la identidad individual, que busca la colectividad para identificarse, hay en el ser humano un sentimiento de pertenencia, expresado normalmente a través de una lengua, de una cultura, una etnia y un color, un hábitat y una territorialidad. El sentimiento de pertenencia individual-colectivo comienza por lo personal, pasa por un grupo, una clase, y termina insertándose en una sociedad nacional y hasta supranacional, aquí entonces podemos hablar de una "sociedad latinoamericana".

Este es el camino que recorre un individuo en el proceso de su identificación social:

*Soy el que soy*

*Soy lo que yo creo que soy*

*Soy como los demás creen que soy*

El hombre, en tanto ente biológico, se inscribe en la identidad de miembro pertenecientes a una especie (el yo, el super-ego, etc.), pero el problema de la identidad se desplaza cuando lo consideramos a la luz de su mundo histórico-cultural, que es también su mundo propio. Aquí la identidad no queda reducida al tipo que caracteriza a la identidad biológica, sino que, sin perjuicio de ésta, el individuo posee una identidad cultural. La identidad biológica sin dejar de existir y de ser

básica, resulta condicionada e insuficiente a los efectos de considerar al individuo como agente o paciente de acciones en un medio social que es inseparable de su curso histórico. El entorno social, a la vez histórico y cultural ejerce influencias sobre él. El recién nacido está condicionado por su herencia genética; ésta, a su vez, depende de la historia de su grupo étnico; además, ese individuo depende en algunos aspectos de la dieta de su madre, inseparable de la que ésta le es posible según la estructura social, los conocimientos, las técnicas y las creencias del grupo social al que pertenece, todo lo cual extiende su presencia a su crianza y a su madurez. Puede agregarse a lo dicho el sistema de educación, la situación social, la incidencia de circunstancias contingentes que afectan el grupo social, o afectan al individuo de manera de alterar su lugar en el grupo: situación de hambruna, caso de orfandad, etc. Toda individualidad se constituye a través de condicionamientos sociales y de su toma de posición respecto de los mismos. Toda individualidad es reconocida como tal según pautas de identificación de carácter socio-cultural. *Toda identidad humana es histórico-social, o sea cultural.* Finalmente, en la totalidad que se perfila, puede también hablarse de *identidad política, geográfica, situacional, institucional, estructural*, a veces la identidad es un *modo de ser*, otras manifestación de *valores*. Lo cierto es que la identidad socio-cultural, que es a la que nos referimos, se da a partir de un eje, o un tronco común que se vislumbra a través de la colectividad, y como decíamos antes, del análisis de las situaciones que proyectan y caracterizan las manifestaciones socio-culturales, las cuales perfilan una identidad que expresa e "identifica" histórica y vitalmente una sociedad.

Interesa, de este modo ocuparse de las nociones de cultura y de formación cultural. Es necesario partir de la conocida y aceptada distinción entre un concepto selectivo y subjetivo de cultura referido a un tipo y grado especial de *formación de la personalidad*, y un concepto genérico y objetivo referido a los distintos tipos y aspectos que presenta la *actividad organizada*. El primero (selectivo y subjetivo) tradicionalmente ha estado centrado en el conocimiento en el campo de las artes y las letras, la filosofía y las ciencias. La cultura es la segunda naturaleza del hombre. Afirma el filósofo cubano Pablo Guadarrama que la cultura transforma al hombre al esclarecerlo, le da una vida más intensa y más plena. El concepto objetivo de cultura tiene el clásico punto de partida en la definición dada por Edward B. Taylor en 1871 (citado por Pablo Guadarrama): (cultura es)... "*el conjunto complejo que incluye conocimientos, creencia, arte, moral, ley, costumbre, y todas las demás capacidades y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad*". La cultura es un conjunto interconectado de formas del comportamiento humano, de regulaciones existentes en un medio social que encauzan ac-

tividades que pueden ser fugaces, como la danza ritual, o que se traducen en objetivaciones persistentes que importan para el conocimiento humano, como un cesto, un libro, una herramienta, un escudo: esas formas reguladoras tienden a constituir un sistema totalizador o global, un todo social, en principio coherente. Cada una de estas manifestaciones forman una red de interconexiones mayores y de regulaciones religiosas, o políticas, o económicas; y establecen criterios de identificación, que son los que nos dan pie para estudiar la autenticidad de nuestra cultura.

### III

Y ahora surge la pregunta por el ente de lo verdaderamente auténtico, por la verificación expresa de nuestro proceso identificacional. El cuestionamiento ha sido incesante, oíganos algunos pensadores: "Una de las preocupaciones más intensas del pensamiento latinoamericano de los últimos cien años ha sido su propia identidad cultural", es la afirmación con que se inicia el Prólogo del libro *Filosofía e identidad cultural en América Latina*<sup>8</sup>. "El problema de la autenticidad de las culturas y su participación en la universalidad no es un tema reciente. La lucha contra el colonialismo y por la liberación nacional de los pueblos de Asia, Africa y América Latina desde el siglo pasado se vio acompañada por un proceso de identidad cultural...", afirma Pablo Guadarrama<sup>9</sup>.

En este sentido, Mario Sambarino señala en su libro *Identidad, tradición, autenticidad: Tres problemas de América Latina*<sup>10</sup> que la identidad que suele entenderse como una realidad a la que se vincula la situación histórica latinoamericana del "querer ser" es usada por lo menos en dos sentidos: como factor *explicativo* de lo que acontece, y como criterio *regulativo* de lo que se ha de hacer ("querer ser"), y por lo tanto de lo que no se ha de hacer y de lo que no es admisible que sea, (es decir, lo que se quiere imponer desde afuera). Así, cuando se pregunta por nuestra identidad en la literatura o las artes musicales o las plásticas y el folklore, o por nuestra identidad en el hábitat o en la filosofía, es posible entender que se pregunta, en primer lugar *si nuestra identidad se manifiesta y cómo lo hace*, en esas actividades o en ese contorno,

8 Jorge J. E. GRACIA e Iván JAKSIC. *Filosofía e identidad cultural en América Latina*, pp. 9-10.

9 Pablo GUADARRAMA. *Lo universal y lo específico en la cultura*, p. 65.

10 SAMBARINO, Mario. *Identidad, tradición, autenticidad: Tres problemas de América Latina*, p. 15.

incluyendo en él a nuestro pasado histórico, y si podemos descubrirla en ese ámbito, sea por nuestros fracasos o por nuestros logros; y en segundo lugar, si es preciso impedir que esa identidad sea deformada por presiones ajenas a su propio desarrollo. La desunión no excluye la identidad, la diversidad tampoco.

Y ya dentro del nutrido planteamiento de la identidad cultural, Martín Stabb en su libro *América Latina en busca de una identidad (Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960)*<sup>11</sup> señala que los hispanoamericanos se preguntan con frecuencia si hay en realidad una verdadera cultura hispanoamericana, o sólo un conglomerado de países muy distintos que siguen sus propias trayectorias históricas y apenas se vinculan entre sí por el idioma. El mismo responde que las pruebas presentadas apoyan la posición continental de expresión cultural.

Bastan esos ejemplos para reconocer por lo menos la necesidad de re-examinar nuestra identidad a través de los "valores" culturales, o más bien tenemos la obligación de re-examinarla, como dice Mario Benedetti. Ciertamente plantearse el problema de la identidad cultural de Hispanoamérica es una de las formas más válidas y viables para intentar una comprensión orgánica y totalizadora de todo nuestro proceso histórico. Nuestro pasado histórico-social y cultural nos aviva el presente, y nos abre el camino para mejorar nuestro futuro con toda su carga de potencialidades.

Insertando esta preocupación en nuestra historia, recordemos que conocer y aprehender a América fue obsesión de muchos, una vez lograda la independencia. La necesidad de definirnos en nuestra especificidad y nuestro arte, se convirtió en necesidad histórica y prioridad nacional y americana. Tenemos los nombres de Sarmiento, Carlos Octavio Bunge, Samuel Ramos, Alberdi... Dentro de sus diferentes conceptos y estudios positivistas e hispanoamericanistas, todos ellos en el fondo buscaban y buscaban la propia identidad hispanoamericana, como una de las formas de la libertad intelectual.

¿Tiene sentido hablar de cultura propia? El tratamiento de la cultura propia viene a constituir para nosotros un problema y de ahí su genuina importancia dentro del pensamiento latinoamericano. Problema que ha llegado a plantearse los extremos de la universalidad y el autotimismo de la expresión americana como si fueran términos excluyentes, pero la misma realidad nos demuestra que no hay autotimismo sin universalidad, ni universalidad sin autotimismo; ambas se complementan para crear la simbiosis, el sincretismo de cualquier cultura, y también de la

11 Martín STABB. *América Latina en busca de una identidad (Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano. 1890-1960)*, pp. 18-21.

nuestra. Pero no deja de preocupar a escritores, historiadores y hombres de letras la autenticidad, el descubrimiento de nuestra manera real de ser en la que se fragua la obra de la cultura latinoamericana, a la vez que la verdadera creación artística. Tenemos que ser originales, decía Simón Rodríguez, maestro del Libertador, y según Alejo Carpentier no había que hacer el menor esfuerzo por ser originales, "pues éramos ya originales de hecho y de derecho, mucho antes de que el concepto de originalidad se nos hubiese ofrecido como meta..." Y ahora estamos en la mejor disposición para realizar ese verdadero descubrimiento que nuestra América reclama, atendiendo a las voces secretas y originarias contenidas en su mensaje artístico.

Cuenta Carpentier que "En el año 27 en el Manifiesto Minorista se pedía la cooperación y la unión y un mutuo conocimiento con los demás países de América Latina, donde veíamos a América Latina como unidad, veíamos como una suerte de internacionalismo revolucionario entre los países de América Latina, protestábamos contra la invasión de nuestras tierras por el capital norteamericano, etc., etc., pedíamos la reforma de la enseñanza, protestábamos violentamente contra las dictaduras, etc., etc.... Había que definirse... No comprometerse es una forma de comprometimiento. Por lo tanto, hay que saber con qué se compromete uno, y al hacerlo, hacerlo con los principios, con las ideologías que pueden ser consideradas como los de una buena causa..."<sup>12</sup> Recordemos que para el filósofo Leopoldo Zea<sup>13</sup> el problema básico de la América hispana gira en torno a la discusión de la existencia de una literatura, de una filosofía, o más ampliamente de una cultura americana.

Problema que se presenta desde el mismo momento en que el primer hombre del Viejo Continente toca tierras americanas, momento impactante, trascendente. En ese asombro visceral del español ante América, ante un nuevo mundo sorprendente, surge una realidad arrolladora: choque, imbricación y encrespamiento de dos mundos, dos culturas, y de donde surgirá la nueva identidad hispanoamericana, síntesis y mestizaje inefable entre lo español y lo indígena (es decir, de lo que los conquistadores dejaron del mundo indígena), y después con lo africano. El español, al llegar a estas tierras exóticas y asentarse en ellas, mezcla su pasado (mitos, cultura medieval, historia, etc.) al presente lleno de sorpresas, de luz cegadora, donde la vida le salta misteriosa (no olvidemos que al principio ni sabían donde estaban) y lujuriosamente. Aquí,

12 Alejo CARPENTIER. "Un camino de medio siglo", en: *Razón de ser*, pp. 39-40. (Transcripción de una conferencia dictada en la Sala de Conferencias de la Universidad Central de Venezuela el 20 de mayo de 1975).

13 Leopoldo ZEA. *Del Liberalismo a la revolución*, pp. 104-105.

en este primer momento está ya al acecho el delineamiento de una nueva cultura, un nuevo mundo social que se presenta como una tentación de fascinantes imágenes, figuras y modelos de creación para la modernidad.

Y aun cuando el crítico peruano Luis Alberto Sánchez dice que no existe una cultura americana, no deja de afirmar que "nadie podrá negar el hecho de que América posee una personalidad propia..."; y por supuesto, decimos nosotros, con sus antecedentes histórico-sociales.

Hay cierto sentido de la vida y de sus problemas que se dan en estos países, como es lo telúrico, el júbilo de la "verba criolla" 14, la aurora tropical, que a pesar de ser aspectos de naturaleza extraordinaria, no las podemos descartar en el análisis de lo hispanoamericano, y propiamente conlleva en sí una original visión del mundo, que se extiende con gran fuerza al mundo de las ideas, la filosofía latinoamericana, la cultura, la literatura y el arte. Es más, el pensamiento latinoamericano está basado en esas actitudes *originales* y de trazos "sobreabundantes" 15, y ha logrado que nuestros pensadores los hayan introducido a sus sistemas ideológicos, y esto todo ha ayudado a enriquecer el hecho de que nuestra cultura participe de lo universal.

Y a pesar de las dudas de una cultura propia, es innegable que de aquel primigenio sincretismo del mundo latinoamericano se va creando una representativa expresión autóctona, original, como lo anota en forma especial el poeta cubano José Lezama Lima en *La expresión americana*. Frente a la pretensión de los conquistadores, de los oligarcas criollos y del colonialismo, ha ido forjándose, aun cuando no podemos negar que con tropiezos y a veces retrocesos, nuestra *genuina cultura*, tomando como vimos, este término en su amplia acepción histórica y antropológica: la cultura gestada por el pueblo mestizo, esos descendientes de indios, de negros y de europeos que supieron capitanear Bolívar y Artigas; la cultura de las clases explotadas, la pequeña burguesía radical de José Martí, el campesinado pobre de Emiliano Zapata...

Cultura genuina expresada sobre todo en el *texto literario* que ha sido el que ha imbricado de manera más resaltante nuestro pasado indígena con el presente objetivado en el idioma español. Además, el discurso literario posee la fuerza de establecer un espacio donde verdadera-

14 José LEZAMA LIMA titula "Verba criolla" a un trabajo de la serie de ensayos publicados en *Tratados en La Habana*, pp. 146-148, para significar la expresión de una escritura muy americana, que logra captar el "chisporroteo" de los banquetes tropicales.

15 Otra expresión de LEZAMA LIMA que lleva implícitos todos los rasgos exagerados (en el buen sentido de la palabra), exuberantes de nuestro arte, literatura e incluso manera de ser.

mente se rompen las fronteras nacionales: el análisis de nuestros escritores se desarrolla como una totalidad, las características de la literatura hispanoamericana se presentan siempre como un todo. Por lo general, no oímos hablar menos sobre la literatura del Perú, de Colombia o de Guatemala, que de la literatura latinoamericana como un todo, así como de escritores que la representan. En una conferencia del profesor norteamericano Seymour Menton, especialista en literatura hispanoamericana; en el Paraninfo de la Universidad Central de Venezuela nos explicó la importancia que ha adquirido en la actualidad en toda Hispanoamérica el desarrollo de la *novela histórica* con autores como Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Fernando del Paso, Roa Bastos, Gabriel García Márquez, Arturo Uslar y Francisco Herrera Luque, es decir estos nombres están por encima de sus nacionalidades para definirse como elementos de un todo que es nuestra tierra latinoamericana. (Por cierto, para los lingüistas y semiólogos, la identidad no existe sino en cuanto lengua y representación, lo que conduce en consecuencia a "identificar la identidad" esencialmente a través del *arte y la literatura* de un pueblo y de una época determinada). "Identidad a través de la unidad cultural que es continental..." 16 dice Guayasamín.

El arte, y sobre todo la literatura recuperó nuestra alma y ayudó a definir una identidad que no es más que nuestra historia como proceso de liberación. En la expresión de una auténtica escritura latinoamericana se encuentra el deseo de encontrarnos a nosotros mismos como un camino hacia la liberación espiritual. Develar nuestra identidad y expresarla en toda su dimensión tropical es un supuesto básico de todo proyecto emancipador. Esta lucha que siempre han tenido nuestros países en pos de la emancipación mental y cultural, se hace explícito por vez primera en la "Alocución a la Poesía" de Andrés Bello, la que inicia sus *Silvas americanas*:

...Tiempo es que dejes ya la culta Europa...

La génesis de una expresión auténtica se da con las vicisitudes de la palabra en pugna con los modelos extraños, sin menoscabo de las influencias universales verdaderamente creadoras, y como instrumento de nuestro acontecer histórico-político, al retornar a los paisajes americanos y dejar "la culta Europa", como proclama Bello. "...Salvo los enormes enclaves indígenas... somos "europoides". Esto quiere decir que nuestra cultura sincrética bien podemos reclamar como propia..."

16 "Latinoamérica frente al V Centenario", entrevista con Oswaldo Guayasamín, en: *Nuestra América y el V Centenario*, p. 229.



afirma nuevamente Fernández Retamar<sup>17</sup>. Es decir, influencia de los europeos pero que creó una literatura propia.

La literatura, ya en la época de la independencia, demostró su utilidad para la vida pública a la vez que fue muy importante para la historia de nuestra cultura autóctona: por un lado por la euforia de un lenguaje romántico liberado del academicismo clásico y por el otro por la reconstrucción (también romántica) del pasado, la conquista del paisaje, y la descripción de las costumbres. Durante esta época surge y toma auge el "costumbrismo". En el siglo XIX, precisamente con el romanticismo se da un paso hacia adelante con el que se logra afianzar el signo americano; la lucha por unos ideales de libertad amplía el horizonte creador de la imagen textual, paisaje que crea hechos, crea destinos. En esta época los escritores no son propiamente artistas, sino hombres de acción, auténticos héroes de unos países que luchaban por su emancipación, tales como Fray Servando Teresa de Mier, Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Simón Rodríguez y finalmente José Martí. "El mismo Bolívar (1783-1830), el más brillante y original de los libertadores, el Libertador por excelencia", nos explica Pedro Henrique Ureña, "escribió un idioma claro y vívido. Sus mejores páginas son probablemente las de su discurso ante el Congreso de Angostura (12 de febrero de 1819), con que presentó el proyecto de una constitución hecho por él mismo y Zea para la República de Colombia... Y José Bonifacio de Andrade e Silva (1765-1838), el que movió los hilos en el curioso proceso de la independencia brasileña, era también el hombre de letras mejor informado de su país..."<sup>18</sup>. Romanticismo como eclosión de una literatura nacional. Alberdi, romántico, defiende una continuidad entre el presente de su época y la colonia. Es que, evidentemente, en los siglos coloniales está la raíz de la sociedad americana, y la literatura de nuestra época ulterior encuentra también en aquellos siglos su origen indudable, aunque haya diferencias que provienen de esa especial situación de las guerras independentistas.

Pero también hay que tomar en cuenta que aun cuando en los albores de las nacionalidades se crea una literatura específica para respaldar con palabras la acción, la independencia política no siempre significaba independencia cultural. Estas regiones, ahora políticamente independientes, buscaban y aún siguen buscando los más sutiles y com-

17 Roberto FERNANDEZ RETAMAR. "América, descubrimientos, diálogos", en: *Nuestra América y el V Centenario*, p. 93.

18 Pedro HENRIQUEZ UREÑA. "Cap. IV. La declaración de la independencia intelectual (1800-1830)", en: *Corrientes literarias en la América Hispánica*, p. 103.

plejos hilos de la independencia intelectual. Todavía hoy estamos tratando de romper las cadenas, y nuestra identidad —aun cuando con rasgos propios, originales y autóctonos, como vimos—, nunca dejó de estar en muchos aspectos interferida por los dominios extraños: primero por España, después Francia e Inglaterra y posteriormente Estados Unidos: es una lucha constante entre el deseo de liberación y la dominación espiritual foránea, que es la peor de las cadenas.

Pasando al siglo XX, de la misma manera que era previsible encontrar entre los románticos abundancia de planteos sobre el tema hispanoamericano, el problema no preocupó mayormente a los primeros modernistas, porque ellos aspiraron a borrar caracteres nacionales y particularmente, continentales, y defendieron el "cosmopolitismo", palabra que gana entonces una dimensión extraordinaria. Sin embargo, nombres como José Enrique Rodó, Urbaneja Achelpohl, Rufino Blanco Fombona, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, "segunda generación modernista", vuelven con renovados bríos al planteo del tema americano, con ellos deviene el valor que va a tener en adelante el *criollismo*.

Dice Carpentier: "Y la verdad es que la palabra *criollo* es un elemento vital para el entendimiento de nuestra América, de esta América, América madre, América mestiza, que es nuestro continente. Esa palabra criollo que aparece por primera vez en un tratado geográfico, en México, en el año 1574, esa palabra criollo es la que habría de seguirnos a todo lo largo de la obra de los hombres que afirmaron en los siglos XVII, XVIII y XIX nuestra personalidad, nuestra presencia y nuestra entidad, esa palabra criollo cobraba para mí en Venezuela un sentido nuevo. Me condujo a la obra de Simón Rodríguez..."<sup>19</sup>.

Finalmente, de los años cuarenta hasta la actualidad, de esos paisajes, ciertamente desbordantes, donde la fastuosidad natural e histórica se une a los tejidos verbales, surge una literatura excepcional, que en su magnificencia saltó las fronteras de nuestro continente, para ponernos en los primeros lugares de la universalidad. Señala Guayasamín que "los grandes literatos de nuestro Continente están siendo leídos y traducidos prácticamente a todas las lenguas de la Tierra..."<sup>20</sup>, lo cual es una gran realidad. Este discurso literario que germina a partir de lo regional nos demuestra que mientras más nos reafirmamos en nuestra autoctonía

19 Alejo CARPENTIER. "Un camino de medio siglo", en: *Razón de ser*, pp. 40-41.

20 "Latinoamérica frente al V Centenario", entrevista con Oswaldo Guayasamín, en: *Nuestra América y el V Centenario*, p. 229.

y criollismo, somos más universales, más admirados y reconocidos. Además, es interesante constatar que el escritor latinoamericano, en ese querer expresarse en forma original, plantea siempre el tema de lo hispanoamericano, a la vez que excava en sus propios orígenes los temas de sus textos; los orígenes de su tierra y de su historia. Leamos a Mario Benedetti:

“Desde la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, de Andrés Bello, hasta el *Canto general*, de Pablo Neruda; desde *Nuestra América* de José Martí, hasta los *Siete ensayos en busca de nuestra expresión*, de Pedro Henríquez Ureña; desde el *Ariel*, de José Enrique Rodó, hasta los últimos ensayos de Ezequiel Martínez Estrada; desde la *Oda a Roosevelt*, de Rubén Darío, a la saga novelística de Alejo Carpentier, el tema continental colmó y hasta desbordó el ámbito geográfico de los mejores escritores. En este sentido, América Latina sigue hoy siendo un tema para sus artistas e intelectuales, pero además (y esto es quizás lo más importante) se ha constituido en un problema. Problema para quienes lo abordan y para quienes lo eluden; para quienes lo afirman y para quienes lo niegan; para quienes lo asumen desde su entraña y para quienes lo examinan desde lejos; aunque el catalejo sea parisiense, londinense o romano, la mirada sigue siendo inevitablemente latinoamericana... América la nuestra, vibra detrás de cada creador, a veces como una presencia perentoria; otras, como una sombra intranquilizante. Y no importa que el creador viva en San Pablo o en la Place des Vosges, junto a la Cor-dillera o en el Soho; presencia y sombra se las arreglan para llegar a todos los sitios, incluido el más recóndito, aquél donde normalmente se instalan la buena y la mala conciencia...”<sup>21</sup>

Es la imponente grandiosidad de la naturaleza de América que se resiste al análisis racional de las experiencias sensibles, y que produce una vivencia esencialmente metafísica (dicho por filósofos), que se transforma en una escritura igualmente exuberante. Porque si en alguna región el deslumbramiento de los fenómenos físicos actúa con una fuerza irresistible, esa tierra es América. Reacción extrema y profunda, auténtica, ante las selvas, sus picos volcánicos y los lagos de sus mesetas de agua azul cobalto que realiza en nuestras tierras la presencia de lo extraordinario en lo cotidiano. Recordemos el significado de la tierra para Rómulo Gallegos, ese sortilegio que se personifica en *Doña Bárbara*, devoradora de hombres y símbolo de los llanos venezolanos. De hecho, adquiere un relieve singular entre nosotros, insertándose en el gran complejo económico-político-social-cultural, es la llamada “mística de la tie-

21 Mario BENEDETTI. *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, p. 32.

rra”. Uso fecundo de la intuición estética aplicada al hallazgo ideológico para su más cabal expresión.

Ese sentimiento de la naturaleza se refleja en casi todas las manifestaciones del arte de nuestros pueblos, en especial y con relieve acusado en nuestro barroco (o también llamado neo-barroquismo) donde el tema del paisaje forma un enclave casi obligado con el disfrute verbal. El barroco nuestro, que está ya presente en el “decorativismo” indígena, y que se funde con la corriente estilística del castellano que trae a estas costas en la colonia a Góngora, Quevedo y al churrigueresco arquitectónico, adquiere carta de nacionalidad en los escritores contemporáneos. Es también conocida la afinidad de algunos modernistas como Darío y Martí con la poesía barroca. Severo Sarduy intenta lanzar un puente teórico entre el barroco y la modernidad, por conexiones que el escritor considera profundas. Barroco de la narrativa latinoamericana, “el primer americano que va surgiendo”, como lo afirma Lezama Lima<sup>22</sup>, que es una constante de la conciencia autóctona y donde tiene peso el afán descriptivo con su renovadora fuerza telúrica. Carpentier se declara barroco, y luego tenemos a novelistas como Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, Guimaraes Rosa, Lezama Lima. Se ha hablado del “barroquismo” de Rómulo Gallegos (sobre todo en *Canaima*) y del de García Márquez. Es la impronta que estuvo presente en la época colonial, perdura en la expresión del siglo XIX, y llega al siglo XX de manos del modernismo hasta convertirse en expresión vital de los escritores contemporáneos. Nuestro barroco forma un bloque común que identifica a nuestra América con una expresión propia de su ser, aún hoy día llena de sorpresas y de laberintos.

22 José LEZAMA LIMA. “La curiosidad barroca”, en: *La expresión americana*, p. 46.

## BIBLIOGRAFIA MENCIONADA

- BENEDETTI, Mario. *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. Buenos Aires, Latinoamericana de Ediciones, 1977.
- BENEDETTI, Mario y otros. *Nuestra América y el V Centenario*. Quito, Edit. El Duende, 1990.
- BLANCO-FOMBONA, Rufino. "La evolución política y social de Hispanoamérica", en: *Ensayos históricos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981. (Prólogo de Jesús Sanoja Hernández; Selección y Cronología de Rafael Ramón Castellanos).
- CARPENTIER, Alejo. *Razón de ser*. Caracas, Ediciones del Rectorado, UCV, 1975.
- GRACIA, Jorge J. E. y JAKSIC, Iván. *Filosofía e identidad cultural en América Latina*. Caracas, Monte Avila Edit., 1988.
- GUADARRAMA, Pablo y PERELIGUIN, Nikolai. *Lo universal y lo específico en la cultura*. Bogotá-Santa Clara, Cuba, Editor Jaime Quijano-Caballero, 1988.
- HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes de la literatura hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1969. (Colección Biblioteca Americana).
- LEZAMA LIMA, José. *La expresión americana*. Madrid, Alianza Edit., 1969.
- PICON SALAS, Mariano. *Viejos y nuevos mundos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983.
- SAMBARINO, Mario. *Identidad, tradición, autenticidad: Tres problemas de América Latina*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- STABB, Martín. *América Latina en busca de una identidad (Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano. 1890-1960)*. Caracas, Monte Avila Editores, 1969.
- ZEÁ, Leopoldo. *Del liberalismo a la revolución. El problema cultural de América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978. (Colección Tierra Firme).